

A Narissa siempre le había fascinado la fotografía.

Desde muy pequeña sus padres le compraron cámaras desechables y ella las llenaba rápidamente. Cada semana tenían que revelar las innumerables fotos que Narissa capturaba.

Era su única y más grande pasión y no podían privarla de ella. Su habitación estaba repleta de fotografías instantáneas de todo lo que le parecía bello.

Cuando Narissa creció y dijo que se quería dedicar a la fotografía profesional, sus padres no se sorprendieron en absoluto...

Sin embargo, el primer año en la escuela de fotografía fue duro.

Narissa no estaba totalmente preparada para la carga de trabajo tan demandante, y reprobaba las asignaturas que no tenían que ver directamente con la fotografía.

Con mucho trabajo, logró aprobar el primer año.

El verano llegó y las largas semanas de vacaciones ponían a Narissa inquieta, por lo que, para mejorar aún su arte, preguntó a todos sus profesores sobre posibles programas de verano o talleres para mejorar sus habilidades. Uno de estos consejos llevó a Narissa a un pequeño estudio en el centro de la ciudad.

Era una pequeña tienda que parecía ocultarse entre la vorágine de la ciudad. Las ventanas estaban adornadas con decoración tribal que impedía ver el interior. El cartel de la puerta indicaba que estaba abierto, así que Narissa entró. Al abrir la puerta, sonó una campanilla y enseguida se dio cuenta de que las paredes estaban decoradas con extraños símbolos. Pronto se dirigió al escritorio principal donde dejó su cámara para poder explorar el pequeño y misterioso local.

Pudo ver que, por todas partes, había diferentes figuras de diversas culturas que decoraban el lugar y que del escritorio principal había un cuenco que emanaba un místico humo proveniente de un incienso prendido.

Una frágil anciana salió de una puerta situada justo detrás del escritorio.

Tenía los ojos vidriosos y le temblaban las manos. Pronto sus delgadas manos comenzaron a tocar todas las cosas del escritorio, encontrándose finalmente con la cámara que Narissa había dejado ahí.

La anciana dio un paso atrás, como si pareciera muy sorprendida de que un cliente se hubiera topado con su local, por lo que empezó a preguntar quién estaba allí. Narissa se puso muy nerviosa, incluso dejó de respirar por un momento para no emitir ningún sonido. Era evidente que la anciana era ciega. Narissa no sabía cómo actuar. Las dos permanecieron en silencio, un momento antes de que la mujer volviera a hablar.

"Sé que estás aquí, sólo dime a qué has venido", dijo la anciana.

"Yo...", balbuceó Narissa, "me han dicho que usted podría ayudarme con mi fotografía".

La curiosidad en el rostro de la mujer se transformó en una sonrisa: "Aaaa...¿A ti también te gusta tomar fotos?".

Narissa asintió, luego se dio cuenta de su torpeza y habló fuerte y claro: "Sí, sí señora".

"No hay necesidad de formalidades, querida, si has venido a aprender sobre fotografía, sígueme", respondió la mujer mientras hacía un gesto con la mano hacia la puerta de la que había salido.

Narissa, vacilante, rodeó el escritorio y tomó su cámara mientras avanzaba. La habitación por la que entraron estaba a oscuras y la única luz provenía de las velas que habían esparcidas por la habitación. Una sensación de incertidumbre se apoderó de la mente de Narissa al entrar en una habitación cubierta de enormes fotografías. La anciana parecía inofensiva, pero las imágenes colgadas en la pared eran muy inquietantes. Cada una de ellas mostraba de cerca el rostro de una persona. Parecían haber sido tomadas sin previo aviso y había sorpresa en los ojos de cada sujeto.

"¿Quién es toda esta gente?" Preguntó Narissa mientras recorría la sala con la mirada.

La anciana giró su rostro en dirección a la voz de Narissa y agitó sus manos: "Me gusta hacer fotos a todos mis alumnos".

"¿Pero...Por qué todos parecen tan.... sorprendidos?" preguntó Narissa mientras observaba de cerca la foto de una joven mujer.

La anciana se rió ligeramente: "Bueno, como verás linda, mi ceguera limita mi capacidad como fotógrafa. Extraño esa época donde podía evaluar la calidad de mi trabajo.".

Narissa se dió la vuelta para ver a la mujer y la descubrió detrás de una cámara muy antigua. Era de las que tenían un potente flash por separado. La mujer señaló una silla colocada delante de un mantel negro. Narissa tomó asiento y extendió las manos para tocar la sedosa tela. Sus ojos volvieron a las fotos de la pared y descubrió que todas las personas fueron fotografiadas sentadas en esa misma silla, frente a esa misma mesa. Volvió a ver a la anciana y se dio cuenta de que estaba preparando su cámara para hacer una foto. Narissa intentó pararse para ayudarla pero la mujer le pidió que se sentara. Narissa obedeció en silencio y se quedó quieta.

"Me han dicho que usted podría ayudarme a mejorar mis habilidades fotográficas", dijo Narissa, con la voz ligeramente temblorosa.

"¿Eso te dijeron?" hmmm "¿Sabías que algunas culturas creen que al tomar una fotografía se puede capturar el alma de los individuos?".

Narissa asintió mientras miraba la puerta por la que había entrado "Sí, he oído esa leyenda".

La mujer se inclinó hacia la cámara con una sonrisa: "¿Y qué me dices de las auras, ya sabes, los patrones de luz de colores que muestran tu esencia?".

"Sí, quiero decir que nunca he creído nada de eso, pero he oído hablar de ello", respondió mientras observaba el arrugado rostro de la anciana

"Bien", dijo la mujer, "¿Y si te dijera que esta cámara es especial y puede capturar esa aura?".

La idea era tan tonta que hizo reír a Narissa, una idea tan tonta como temerle a una indefensa anciana. Su rostro risueño recibió el potente destello de luz al tomar la fotografía. La sonrisa de Narissa desapareció de inmediato tan pronto como la habitación se oscureció de nuevo. Se sentó estoica en la silla mientras la anciana se alejaba de la cámara y se acercaba a Narissa. Los ojos de la anciana estaban iluminados con un verde brillante y su pelo canoso había recuperado su tono negro natural. Las arrugas habían desaparecido y tenía la vitalidad de alguien mucho más joven. Tenía los labios brillantes y curvados en una sonrisa mientras levantaba a Narissa de la silla con la misma fuerza que una persona en plena juventud y la llevaba hacia otra puerta oculta.

El cuerpo de Narissa fue empujado escaleras abajo hacia el sótano mientras la mujer cerraba la puerta tras de sí. Volvió hacia su cámara y tomó la enorme imagen instantánea de su captura más reciente. La colocó en la pared, con los dedos acariciando la foto recién impresa. La admiró unos instantes antes de que la campana de la puerta principal atrajera su atención. La mujer se acercó al mostrador. Un hombre había entrado a su tienda.

"¿En qué puedo ayudarle?", le dijo con voz dulce y suave.

Las manos de la mujer encendieron cuidadosamente el incienso que se había consumido sobre el mostrador.

"Me han dicho que usted puede ayudarme con mi fotografía", dijo el joven.

"Ah ¿Eso te dijeron?", la mujer soltó una pequeña risa, mientras le indicaba al hombre que la siguiera por la habitación iluminada por las velas.